

**El lado humano de Jesús de Nazaret.**  
**R. Esteban Montilla, Ph.D.**

Saludos en la gracia y suficiencia de nuestro Dios. Es con mucha alegría que me uno a ustedes en la celebración de la vida de nuestro Señor Jesucristo. Una vida tan espléndida y plena que todos anhelamos emularla. Una vida en abundancia para la cual Él nos capacita y nos fortalece (Juan 10:10).

Estamos muy acostumbrados a hablar de la divinidad de Jesús y, claro, que siendo Jesús Dios encarnado este aspecto es muy importante. Sin embargo en esta Navidad me gustaría detenerme en el lado humano de Jesús de Nazaret, de ese hombre que vino y habitó entre nosotros para enseñarnos cómo vivir una vida en abundancia.

El comienzo de la vida de Jesús de Nazaret en esta tierra tiene muchos parecidos con el comienzo de nuestras propias vidas. Al estudiar la vida humana de Jesús de Nazaret les propongo que nos concentremos en la resiliencia que demostró tener para sobreponerse a las situaciones más adversas. Pero además de resaltar la capacidad de aguante, de sobre-vivencia y de florecimiento de Jesús les invito a analizar también el papel que jugó su familia, específicamente José y María, en el desarrollo de este joven especial.

La historia comienza con una quinceañera, la joven María; una campesina que vivía en la villa de Nazaret. Allí María, como las demás jóvenes, trabajaba fuerte cocinando, limpiando la casa, moliendo, lavando, cuidando a los demás niños y niñas, incluso ayudando en la obra de campo. Un señor viajero, quien hacía trabajos de carpintería y arreglos de casa, vino de un pueblo cercano a realizar ciertos trabajos en Nazaret (Mateo 13:55; Marcos 6:3). Allí, este señor llamado José, probablemente viudo según atesta Epifanio un historiador del cuarto siglo y según el protoevangelio de Santiago, conoció a la joven María y comenzaron un romance. Sin embargo, antes de que ocurriera el contrato matrimonial, la joven María salió embarazada (Mateo 1:18). Sólo podemos imaginarnos lo que esta circunstancia representó para María. De repente, su mundo y sus planes se trastornaron. Aunque había sido entrenada para asumir el papel de madre y esposa, de seguro que esta maternidad repentina le cayó muy pesada. Las implicaciones sociales y religiosas de un embarazo inesperado y sospechoso incluían, además del escarnio y la vergüenza familiar, el aislamiento y la pérdida de la oportunidad de establecer una familia. Aunque este tipo de castigo generalmente no se llevaba a cabo la Torá aún incluía la pena de muerte para este tipo de ofensa moral (Levítico 20:10). De todas maneras es fácil imaginar la carga psicológica y emocional que este evento representó para la joven María y para su familia.

La historia de María se repite a diario con nuestras jóvenes quienes, al igual que ella, no se rinden ni doblegan su espíritu. Con un espíritu de lucha y valor, la mayoría de estas jóvenes madres, manejan de forma saludable las circunstancias estresantes a las cuales se enfrentan. Y no sólo se sobreponen a las circunstancias sino que también transforman estas dificultades en oportunidades de triunfo y florecimiento. Gran parte de ellas levantan con responsabilidad a sus hijos e hijas al mismo tiempo que trabajan y prosiguen su formación académica. La resiliencia que estas jóvenes muestran es digna de aplaudir y de admirar. Son tan luchadoras y florecientes estas jóvenes que crían a hombres y a mujeres que contribuirán a transformar al mundo. Así como María levantó al Libertador Jesús de Nazaret también hay hoy muchas “marías” que haciendo uso de las fuerzas que les da Dios ofrecen al mundo la esperanza de una vida mejor.

Al enterarse del embarazo de María, José dudó ser el papá de ese niño. Por eso de primera intención pensó regresar a su pueblo, pero como era un hombre de fe, escuchó la voz divina e hizo lo que era correcto: proteger a la joven María del vilipendio de la gente y de una posible lapidación. Al ser Nazaret un pueblito pequeño, la noticia – con visos de chisme – debe haber corrido como la pólvora por toda la villa, y la situación para la pareja se tornó muy difícil. Como hombre responsable que era, José decidió casarse con su prometida y llevársela para su pueblo quizá con la intención de protegerla también de las lenguas de Nazaret.

Esta historia recuerda las historias que muy a menudo escuchamos de parejas, que sin estar preparadas emocional y socio-económicamente salen embarazadas. En muchos casos el varón asume su parte de la responsabilidad y decide unirse a la crianza del bebé, pero en muchísimos otros, se desentiende del proceso y deja sola a la mujer a quien le toca hacerse cargo de la realidad y criar a la criatura con su propio esfuerzo.

El no prepararse para la paternidad o la maternidad puede traer consecuencias muy graves. Con demasiada frecuencia vemos en las noticias casos terribles de niños y niñas que son maltratadas, atacadas sexualmente, y hasta asesinadas, justamente por las personas que están directamente llamadas a protegerles, cuidarles y amarles: su mamá y su papá. Pero en un altísimo número de casos, es el padrastro el victimario. La falta de apego a la criatura – cuyo atractivo dura sólo el tiempo, que dura la relación del hombre con la madre; el tratar a las criaturas como “una posesión” que puede ser reclamada o rechazada según convenga – “ese muchachito no es mío y por lo tanto sobre él pueden descargarse las frustraciones, los celos, y el desprecio”; el no reconocer que los niños y las niñas son personas con igual dignidad que las personas adultas... genera mucha violencia para con la niñez. Por eso la figura de José siempre me ha conmovido. Desde esta familia de Nazaret, José habla de manera especial a los hombres de hoy y les invita a dejar de lado el concepto limitante y tradicional de la

paternidad en el que los hijos y las hijas son posesiones y la paternidad es determinada solo por la biología, y a atreverse a entender la paternidad como una manera de relacionarse que parte desde un compromiso radical con el amor, el desprendimiento, la aceptación gratuita y la entrega hacia los más pequeños.

La paternidad irresponsable es uno de los problemas más urgentes que enfrentamos en nuestra comunidad. El gobierno, las instituciones religiosas y educativas, y otras entidades cívicas y sociales han de unir esfuerzos para educar y concienciar a nuestros jóvenes acerca de su propio valor como personas, del valor y la dignidad de la niñez, y de lo que conlleva la responsabilidad paternal. Necesitamos a muchos "Josés" que sigan el ejemplo de aquel José quien, aun habiendo dudado de ser el papá del bebé que cargaba María, echó a un lado miedos, dudas, o celos, y pensando primero en la vida de la mujer a quien profesaba amar y en la vida del bebe a quien acogió como propio, optó por ser responsable y amoroso. (A manera de paréntesis el apodo para José es Pepe el cual viene de PP, Padre Putativo, es decir alguien que se tiene por padre pero sin serlo).

Aunque José decidió asumir la responsabilidad y llevarse a María a su pueblo, la situación para ellos seguía siendo difícil. Las circunstancias en las cuales nace el bebé Jesús fueron precarias. José tenía poco recursos económicos y su trabajo no era fijo. Había temporadas en las que le salía poco trabajo y la situación familiar se les agravaba. Además de la situación económica, tenían que someterse al escarnio de vecinos y otras personas malintencionadas quienes sugerían que Jesús era un hijo ilegítimo (*mamzer*) y producto de la prostitución (Juan 8:4). La palabra *mamzer* se refiere a un niño nacido como producto de una unión sexual prohibida tal como la violación sexual, el incesto o el tener relaciones sexuales con una persona que no pertenece a la comunidad o tribu. Sólo el amor, la seguridad en su valor como hombre, y la certeza que tenía en que Dios es fiel con quienes se rinden a Él, deben haber sostenido a José en esos tiempos de prueba.

Sólo podemos imaginarnos como se sentiría el niño y el joven Jesús creciendo con todas estas presiones sociales, económicas y emocionales. Desde un comienzo experimentó el aislamiento y la marginación social. Los *mamzers* no tenían voz en la sociedad y les decían los silenciados. Aún más, la Torá indicaba que los *mamzers* no podían entrar a la congregación del Señor. Además los hijos de los *mamzers* también corrían con la misma suerte aun hasta la décima generación (Deuteronomio 23:1-3). Quizás esto explique la gran preocupación que durante su ministerio tuvo Jesús de Nazaret por los más vulnerables y marginados. Podemos notar su solidaridad con los niños, las niñas, las mujeres, los eunucos, los extranjeros, los pobres y las personas con enfermedades mentales.

Debido a la incertidumbre de la identidad de su padre, Jesús no podía tener acceso a los sistemas tradicionales de educación y formación. Un joven *mamzer* no tenía acceso a la vida social, política y religiosa de Israel. Esta tensión social sin duda marcó toda la vida de Jesús. La joven María decidió enseñarle a leer y a educarlo con lo que ella sabía. También su padrastro – este padre que criaba al hijo de otro -- le enseñó las labores manuales que él hacía (Marcos 6:3). Al seguir a José en los viajes de trabajo, Jesús se expuso, desde temprano en la vida, a muchos “sabios” y rabinos galileos de quienes aprendió más de la tradición oral y del uso de metáforas. Por el hecho de vivir a solo siete kilómetros de la gran ciudad Séforis y por el trabajo de José de seguro Jesús desde temprano se expuso a la cultura griega y al modus vivendi de la ciudad que el historiador Flavio Josefo llamó “el ornamento de toda la Galilea”. Quizás por esa influencia pudo dominar además del Arameo y el Hebreo también el idioma Griego.

José, este padre quien decidió poner sus miedos a un lado y así tomar la responsabilidad de enseñar y criar a Jesús como suyo, se enferma y muere de manera inesperada. Sin duda la muerte de José fue bastante difícil para Jesús. Según Jerónimo y el protoevangelio de Santiago, Jesús tendría unos doce años cuando esto ocurrió. Jesús había conseguido en José el padre terrenal que tanto necesitaba. De José había aprendido una ética del trabajo consistente con los principios de la fe y un sentido de responsabilidad propio de una persona comprometida con la excelencia. Aunado a todo lo referente al aislamiento y a la enajenación que él experimentaba, ahora tenía que pasar también por el dolor de perder a su papá José.

De seguro la muerte prematura de su padrastro y su condición de *mamzers* también tuvo mucho que ver en la insistencia de Jesús de ver a Dios como su padre o Abba. Aunque se dudara de quien fuese su papá él sabía que Dios era su padre. “Pero tú eres nuestro Padre, aunque Abraham no nos conozca ni nos reconozca Israel; tú, Señor, eres nuestro Padre; ¡tu nombre ha sido siempre «nuestro Redentor»!” (Isaías 63:16). Esta convicción fue tan importante para Jesús que enseñó a sus discípulos a considerar a Dios como padre (Mateo 6:9).

Menciono todo esto para enfatizar el hecho de que Jesús tuvo todas las razones del mundo para desistir y rendirse. Sin embargo, se llenó de fuerzas; y usando la resiliencia que había desarrollado gracias a la acogida, a la aceptación y al amor de su familia, y aferrado a sus recursos espirituales decidió luchar para convertirse en el libertador de los marginados. Jesús prosiguió una educación y formación religiosa amplia que le llevó a reclamar su puesto como maestro y representante de los excluidos. Tuvo la oportunidad de escuchar a maestros del calibre de Juan el Bautista de quienes aprendió, además de la retórica, la pasión por el servicio a los demás. La opresión y el ostracismo venían no solamente del imperio romano sino mayoritariamente del pueblo religioso el cual por estar más

pendiente de lo externo de las reglas se olvidaba de lo verdaderamente esencial: el abrazo amoroso y justo para las personas más necesitadas. De manera que siguiendo la tradición profética de los judíos Jesús de Nazaret asumió su papel de profeta y defensor de los oprimidos, y con la esperanza de transformar una sociedad injusta y marcada por la corrupción en una sociedad donde abundase la paz, la gracia, el amor y la justicia, construyó un proyecto que tendría implicaciones espirituales, sociales y políticas para el ayer, el hoy y el siempre: su proyecto del Nuevo Reino

Hermanas y hermanos: Mi oración para ustedes en estas Navidades y festividades de Año Nuevo, va con el deseo de que al igual que Jesús de Nazaret, miremos nuestras limitaciones como instrumentos de poder para transformar las naciones. Que nuestras heridas sirvan de cura para las muchas enfermedades que nuestra sociedad enfrenta hoy (Isaías 53:4-6) y nunca de excusas para abrazar la mediocridad y el fatalismo. Armados con la fe de Jesús de Nazaret, y bajo el poder del Espíritu Santo, de seguro que en el 2007 otra vez seremos más que vencedores. "Porque todo el que ha nacido de Dios vence al mundo. Ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe" (1 Juan 5:4). Feliz Navidad y Feliz Año.

Paz,

Esteban Montilla